

RAMÓN J. SENDER CONTRAATAQUE

Prólogo de **SERGIO DEL MOLINO**



DEUSTO

Contraataque

RAMÓN J. SENDER

Prólogo de Sergio del Molino



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Ramón J. Sender, 1938

© del prólogo, Sergio del Molino, 2025

Esta edición se ha publicado por acuerdo con Ramón Sender Trust a través de International Editors y Yañez' Co.

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: junio de 2025

Depósito legal: B. 8.996-2025

ISBN: 978-84-234-3918-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prólogo, por Sergio del Molino.....	7
I. Mes de mayo en Madrid	17
II. El estallido.....	32
III. Llegamos a Guadarrama.....	51

GUADARRAMA

IV. La guerra sin ejército.....	73
V. Fernández Alvar	80
VI. Hacia el alto del León	87
VII. A la retaguardia	98
VIII. Primera de Acero	116

MADRID-CÓRDOBA-PEGUERINOS-OLÍAS

IX. Otra vez Madrid. Una excursión a Andalucía	133
X. El teniente P.	167

XI. Cabeza Lijar.....	187
XII. Mi amiga rubia y el suicida.....	200
XIII. Oficial fumista y comandante de infantería.....	223
XIV. Preparándonos para atacar.....	236
XV. La alegría de atacar.....	263

MADRID-VALDEMORO-SESEÑA-MADRID

XVI. Aviones sobre Madrid.....	291
XVII. El enemigo en la puerta.....	307
XVIII. Esperad cuarenta y ocho horas.....	335
XIX. Seguimos esperando.....	362
XX. En la ribera del Manzanares.....	380
XXI. Han llegado las armas. Noticia final.....	398

I

Mes de mayo en Madrid

Una mañana de mayo de 1936 vino a verme un capitán español que prestaba servicio en la Legión Extranjera, en Marruecos. Le habían quitado el mando recientemente, al final de una serie de emboscadas políticas. Era un hombre de treinta y cinco años, muy curtido en las campañas africanas. Hablaba con vehemencia y usaba una fraseología civil que nosotros —los que hemos hecho la campaña marroquí de 1923-1925— distinguimos fácilmente del léxico del *espadón*. Este capitán era miembro de una organización liberal y había fundado con otros en Melilla la UMA (Unión Militar Antifascista), para contrarrestar la influencia creciente de la UME (Unión Militar Española), que preparaba la sublevación de julio. Como estaba prohibido formar organizaciones militares de tipo político, las dos se desenvolvían en la clandestinidad.

Para aquellos que vivían al margen de las ilusiones

idealistas, la realidad de España era muy diferente de la realidad oficial. Por eso los informes de ese capitán de verbo desordenado me parecían muy dignos de consideración, aunque no se limitaban a señalar un peligro, sino a anunciar con seguridad profética un cataclismo. Su visita no era la primera. Yo le había dicho, después de verle y oírle la primera vez:

—No van a hacerle ningún caso.

Trataba de que el Ministerio de la Guerra lo rehabilitara, y antes dimitiría el Gobierno que imponerle al auditor de la Comandancia de Melilla un cambio de criterio por «razones políticas». Los demócratas españoles han demostrado una honradez que rayaba en ingenuidad. Después del triunfo electoral del Frente Popular, nuestros demócratas sentían más que nunca la satisfacción de esa honradez. Este sentimiento los llevaba a un equilibrio moral interior y a un cuidado de todos los equilibrios, extraordinario, e impedía que hombres turbulentos y sencillos como nuestro capitán pasaran de las antesalas. Es triste reconocer que esa honradez es estimada, en general, por los grandes pillos de las subsecretarías, como una circunstancia muy propicia. Yo lo había presentado a un coronel del Ministerio de la Guerra e indirectamente al subsecretario de la Presidencia del Consejo, aun a sabiendas de que los dos iban a pensar que seguía obstinado en tener por amigos personas poco serias. Desgraciadamente, los hechos me dieron la razón. El subsecretario y el coronel escucharon a mi amigo con frialdad muy castellana y lo enviaron a los secretarios, que era como enviarlo al diablo. Los secretarios fueron sacándoselo de encima con fórmu-

las cortesés, y un mes después de llegar a Madrid, nuestro capitán no había podido todavía transmitir a nadie sus preciosos informes. Sobre ellos hubiera bastado sustituir una docena de mandos militares para desbaratar el alzamiento de África. Pero la misma palabra *alzamiento* carecía de seriedad, y cada vez que el capitán la usaba en los ministerios estoy seguro de que alguien miraba de soslayo el reloj y disimulaba el bostezo. Nuestro amigo repetía, a menudo:

—Si me devuelven mi compañía respondo de toda la Cuarta Bandera.

—Quien debe responder de esa bandera —le dirían en el Ministerio de la Guerra— debe ser el comandante.

—Pero es que el comandante se va a sublevar.

Puede que llegara a añadir: «Cuando se subleve lo suprimimos y yo tomo el mando». El pobre capitán no sabía que esas palabras eran totalmente extemporáneas en un momento idílico de la política republicana española. Al final lo debían tener por loco y a mí, que lo había presentado, por un bromista irrespetuoso.

Sin embargo, nada más fácil que ver el peligro, porque nos salía al paso en todas partes: en la calle, en los círculos, en los sindicatos, en nuestra propia casa. En el piso de encima del mío vivían unos alemanes nazis. Celebraban verdaderas asambleas políticas sin el menor recato. Tuvimos que intervenir para hacerles callar por procedimientos tan ingenuos como recordarles las ordenanzas municipales. Otros vecinos trataban de molestarles dando a sus aparatos de radio la mayor sonoridad cuando transmitían discursos políticos de izquierdas. En la calle había incidentes cons-

tantemente y, a veces, tenían complicaciones sangrientas. Las autoridades de la República se limitaban a depurar responsabilidades por los tribunales ordinarios, y cada vez que se les proponía una medida enérgica —por ejemplo, constituir una policía política con facultades extraordinarias, que extendiera su influencia hasta las aldeas más remotas—, se llevaban las manos a la cabeza y repetían fórmulas honestas sobre el sufragio universal y la verdadera democracia. Alegaban siempre que los que habían votado a Gil Robles eran también ciudadanos españoles.

El gran escritor Valle-Inclán, que murió poco antes de comenzar la guerra, me decía un día mirando melancólicamente la gente desde la terraza del café:

—En treinta años la vida española ha avanzado mucho. Vea usted. Los hombres, las mujeres, son mucho más guapos hoy que cuando yo era joven. La belleza física en España es mucho más frecuente que en otros países. La salud, la alegría de vivir, la inteligencia, el buen gusto han ganado todo el terreno perdido por el fanatismo religioso. Somos uno de los pueblos más cultos, más hermosos y más sanos de Europa. Es doloroso pensar que vamos a perder todo esto en unos meses. ¡Qué lástima!

Presentía la sangre, el hambre, los horrores de una guerra civil. Creíamos que exageraba. A mí mismo (claro es que yo vine a la vida dentro de este siglo, cuando ya era posible bañarse y comprar libros y no conocía la generación de Valle-Inclán), me parecía que sus temores iban más lejos de la realidad. Pero ¡cuántas profecías en sus palabras! Y no sólo en éstas, sino en sus augurios sobre la relación de Franco con el fascismo alemán e italiano y en

otros detalles de la guerra que se avecinaba. Con sus ojos perdidos en la vaguedad del presentimiento, repetía:

—¡Qué lástima!

Hoy nos duelen esas palabras viendo a nuestra España herida, envilecida y puesta en almoneda. Pero confieso que entonces, si alguna vez aceptaba los presagios del gran escritor, era para creerlos una verdadera promesa. El día que intenten algo las fuerzas antisociales de España —pensábamos muchos— serán definitivamente aplastadas. ¿Por qué? De un lado veíamos el crecimiento pausado, sereno y firme de las organizaciones obreras y campesinas, que había madurado mucho políticamente durante la dictadura de Primo de Rivera, y que después, con la República, aumentó hasta poner a nuestros trabajadores entre los más capacitados y organizados de Europa. Unido a ese crecimiento, que era el de una masa social vigorosa, dentro de la cual la vida imponía movimientos más o menos tumultuosos, pero que no amenazaban el marco de un Estado democrático, se produjeron multitud de corrientes paralelas que comprendían gran parte de la pequeña burguesía e incluso del capitalismo liberal. Quizá por haber llegado el feudalismo hasta nuestros días perfectamente diferenciado en un estrato social —grandes terratenientes y regímenes locales de arrendamientos—, hemos tenido extensas zonas burguesas con nosotros en todo aquello que representaba la avanzada de la *civilización* y del *progreso*. Esas zonas están aún con nosotros, aunque no sean tan extensas, y una prueba nos la ofrece el capitalismo vasco. Fuera de Vasconia, cuando vieron que la batalla a la España feudal no la iba a dar la cultura liberal burguesa desde sus

elegantes tribunas, sino que la darían los trabajadores, y que, además, en esa batalla irían juntos proletarios y campesinos, tuvieron miedo a perder la iniciativa y el control, y muchos se hicieron atrás y quizá hoy son fascistas.

Fundidas con la corriente de crecimiento de las organizaciones obreras y campesinas, muchas tendencias artísticas, culturales, intelectuales, encuadraban a una parte de la juventud española pequeñoburguesa. Todos estábamos de acuerdo en lo fundamental: había que mantener a toda costa las conquistas logradas por los trabajadores, porque, en realidad, dependía de ellas el impulso recibido por la vida española en todos, absolutamente en todos los sentidos. Había que afianzar las libertades políticas y desligar de los órganos populares de poder los tentáculos de la Iglesia, consagrar de una vez para siempre el derecho y la obligación civil del diálogo —expresión práctica de la libertad de tribuna y de imprenta— y asegurarlo, reduciendo a la obediencia al sector feudal terrateniente, que, históricamente, se consideró al margen y por encima del Estado y que, después de la República, quería seguir con los mismos privilegios.

La mayoría de los españoles estábamos de acuerdo en todo esto, que era absolutamente indiscutible en las regiones más industrializadas: Levante, Cataluña, País Vasco, Santander, Asturias, y que, en medio de las Castillas, en Madrid, contaba con un baluarte proletario firmísimo. ¿Qué teníamos enfrente?

Cuando contestaba a las reflexiones melancólicas de Valle-Inclán diciendo que sería buena una oportunidad para aplastarlos, no caía en un optimismo infantil. Aplastar

el feudalismo y a la Iglesia como órgano de la casta feudal no representaba llevar el esfuerzo tan lejos como para implantar la dictadura del proletariado, ni aun en el caso de que ese aplastamiento fuera obra de los obreros y los campesinos, como tenía que ser, según había predicho el Partido Comunista español, que acertó de lleno. Al pensar en aplastar el feudalismo, todos pensábamos en la revolución democrática. Era éste un punto en el que tácita o expresamente estábamos de acuerdo, y en primer lugar los mismos anarquistas. Ese espíritu es el que luego ha predominado a lo largo de nuestra lucha y así debía ser, porque responde a su verdadera naturaleza.

Puestas en ese plano las causas, ¿cuáles eran los obstáculos que se nos oponían? No eran insuperables, ni mucho menos, contando con el espíritu combativo de las organizaciones y el heroísmo del pueblo. Teníamos enfrente a la Iglesia —lo que no quería decir que las personas de espíritu religioso fueran nuestros enemigos—, a una parte del Ejército y a los terratenientes, ligados últimamente al alto capital por los partidos Agrario (Martínez de Velasco), Acción Popular (Gil Robles) y Monárquicos Tradicionalistas (Calvo Sotelo). El Ejército no estaba íntegramente con ellos, y ya se sabe que un ejército dividido no es un factor adverso decisivo. Reconozco que no habíamos pensado que podían comprar un ejército con su dinero (moros y Tercio extranjero) o dando en prenda trozos de soberanía nacional (alemanes e italianos). Puede explicarse esta inadvertencia porque no creía nadie que el plazo de nuestro triunfo se prolongaría el tiempo preciso para dar lugar a que se formara una atmósfera internacional propicia a las interven-

ciones. Y porque nunca pudimos esperar que las potencias democráticas de Europa permitieran actos de vandalismo político como éstos. Las virtudes medias de la Sociedad de Naciones, la mediocre prudencia burocrática de Ginebra, han ido mucho más lejos que la imaginación de los liberales españoles.

Nuestro optimismo estaba condicionado, naturalmente. Demasiado sabíamos que a la buena fe, a la limpieza moral y al respeto a la ley de los republicanos correspondía la despreocupación, la insolencia, el cinismo, el gansterismo de nuestros enemigos. No hemos hablado de dos organizaciones: Falange Española y los requetés. Muy pequeñas numéricamente, tenían, sin embargo, alguna fuerza: el dinero de sus inspiradores y la moral de las juventudes fascistas, triunfantes en Alemania e Italia. Esto último desconcertaba a los terratenientes de Acción Popular y del Partido Agrario, que los miraban como la gallina que ha incubado un pollo de pato ve a éste echarse al agua y nadar, pero al fin encontraban útil que tuvieran una cualidad nueva. Esa cualidad era su espíritu de conspiración y su combatividad. En caso de un improbable triunfo de Franco, esas organizaciones serán exterminadas por los triunfadores después de haber sido las que sostuvieron el espíritu de la rebelión. Esto lo saben los falangistas y los requetés. Unos y otros abrieron entonces una campaña de torpedeamiento del Frente Popular por la calumnia, el atentado y la difamación. Desde que Hitler y Mussolini nos han demostrado que el cinismo y la mala fe dan mejor resultado en la política que en la conducta individual, y que se puede con ellos obtener, si no una situación sólida, sí éxitos de sorpresa y ventajas mo-

mentáneas, a nadie le extraña que con el cuento de miedo de un complot bolchevique y las acusaciones de espionaje moscovita y de terribles planes de subversión, atribuidos a los gobernantes republicanos, encontraran fácil camino en la confianza del sector feudal ignorante, irrespetuoso con el poder civil, y pronto siempre a dejarse engañar por todo aquel que pareciera dispuesto a defenderle, sobre todo si llevaba el uniforme de los militares o de los curas, sus históricos aliados. Se dejaron prender de tal modo en las calumnias de los fascistas, que era posible la siguiente carta, escrita desde El Escorial por una marquesa a su hija, que vivía en un palacio de la calle de Serrano en Madrid:

El Escorial, 7 de mayo de 1936[†]

Queridísima hija:

Hace días que debía escribirte, pero el desasosiego de estos calamitosos tiempos tan pronto me da ánimos para las cosas más raras como me los quita para las más sencillas. No sé si decirte que vengas aquí o ir yo a ésa. Sabrás que aquí, después del triunfo obtenido por los de abajo, gracias, según dice el hijo de don Celes, al oro de los herejes de Moscú, que lo han derrochado en las elecciones, ha cambiado el Ayuntamiento. Se presentó con pistola y asesinos pagados el Ayuntamiento anterior, presidido por ese tal C., y echaron al Ayuntamiento de la CEDA,¹ golpeando y martiri-

1. Durante el «bienio negro», presidido por el Gobierno Lerroux, la mayor parte de los ayuntamientos de elección popular fueron arbitra-

zando en la escalera al presidente, el doctor N..., un pobre y nobilísimo anciano. Ya me han dicho que en Madrid la situación está peor y que el Gobierno salió al balcón de la Presidencia y prometió a las turbas la revolución para este mismo mes. Todo esto hace que yo no sepa si ir ahí o llamarte a ti, porque lo que querría es que Dios nos coja en su gracia y juntas. Estoy dispuesta a morir si ésa es su voluntad divina. Estemos siempre dispuestas a hacernos dignas de su misericordia.

Tu madre

P. S.: Olvidaba decirte que tu sobrinito Miguel, que no ha cumplido aún nueve años, dijo ayer al hijo del guarda, que lo había recibido con el puño en alto, que si volvía a verle hacer el saludo socialista lo mataría. Cuando me lo contó Irene, casi lloré de emoción. ¡Lo que hace una educación religiosa!

Mientras esas viejas aristócratas y los grandes terratenientes esperaban la muerte, convencidos de que el Gobierno del Frente Popular estaba afilando las hachas, Azaña y su Consejo de Ministros estudiaban con toda prudencia el modo de seguir realizando la reforma agraria sin dañar ni agraviar los viejos derechos, y el Ministerio de Agricultura reclamaba nuevos créditos para pagar e indemnizar a los expropiados.

riamente sustituidos por «comisiones gestoras» que cayeron a su vez el 16 de febrero, teniendo que dejar el puesto a los municipios legales.
[Nota del autor.]

Falangistas y requetés hacían una labor de provocación al mismo tiempo, entre la clase trabajadora, con atentados contra directivos sindicales. La poca importancia numérica de los fascistas —repetimos— estaba compensada por su actividad y su fuerte organización. Frente a estas circunstancias teníamos nosotros un hecho de una elocuencia aplastante: después de seis años de trabajar demagógicamente entre los obreros y los campesinos, los fascistas no habían logrado ni siquiera los más elementales cuadros sindicales, a pesar de recurrir a los restos de los antiguos sindicatos amarillos, organizados por Martínez Anido, durante la monarquía, con los desechos sociales de Barcelona. Los fascistas, que eran los únicos elementos verdaderamente peligrosos (contra generales, aristócratas y obispos se levantarían las piedras solas), carecían de base social y estaban al margen de la íntima realidad española.

En estas condiciones y estando adiestradas en toda España las organizaciones obreras por movilizaciones constantes, la posibilidad de un levantamiento militar la veíamos con cierta inquietud, por los trastornos que un movimiento de esa índole trae consigo, pero con la confianza y la fe en la victoria. Estábamos seguros de que el Gobierno del Frente Popular daría las armas a las organizaciones obreras, y en esas condiciones hubiera sido tachado de loco el que se atreviera a dudar de que, en un plazo no mayor de una semana, los rebeldes serían batidos en toda España.

Nuestro amigo, el capitán de la Legión, repetía, refiriéndose al Gobierno:

—No quieren darse cuenta de la situación.

Yo le pregunté si iba a regresar a Marruecos y me dijo

que no quería ir allí a que lo cogieran como un conejo; que prefería quedarse en Madrid a esperar acontecimientos.

La verdad es que a la Iglesia no la tomábamos muy en serio como organización de combate. Ése ha sido uno de nuestros errores. Provenía del hecho de que los aliados más visibles de la Iglesia eran, en la vida civil, mujeres y viejos de la gran burguesía. Esos sectores no estaban muy acostumbrados a la acción orgánica. No habían llegado a comprender la necesidad que la acción política de la Iglesia tenía de su ayuda. Además, era conocida su mezquindad. Hasta que la Constitución republicana separó la Iglesia del Estado, ningún fiel solía dar dinero en los templos y nadie se lo pedía. Cuando los curas vieron que se iban a acabar las nóminas de las diócesis, establecieron la obligación de que todo el que entrara en un templo dejara algo para el culto. Y un día vi a la dueña de la casa donde yo vivía —una casa de vecindad que valdría millón y medio de pesetas— detenerse en el atrio de la iglesia y pedirle a una vendedora de flores que le cambiara una moneda de diez céntimos en «dos de cinco», porque no llevaba suelto para pagar el puesto en la iglesia. Con estas gentes la Iglesia se comportaba de una manera servil, y si lograba sacarles el dinero —tarea nada fácil como se ve— era por medios indirectos. El más socorrido era el de la enseñanza. Todo hijo de burgués debía educarse con frailes o monjas y pagaban el colegio sin regatear, presumiendo más bien entre las amistades de colegio caro. La política de prestigio hecha por los curas en favor de la enseñanza religiosa había creado entre la grande y la pequeña burguesía una serie de mitos. No se podía ser nadie en la vida social si no se

había sido educado por agustinos o jesuitas. Quiero referir otro detalle a propósito de lo que era esa educación. Yo vivía al lado del Retiro, en la calle Menéndez Pelayo. Al salir o al volver a casa solía atravesarlo y ponía atención en lo que hablaban los niños, porque a veces oía cosas espléndidas. Un día iba delante de mí un preceptor religioso llevando de la mano a un niño de siete años, que le hacía preguntas extrañas.

—Los sesos de pájaro, ¿se comen?

El cura contestaba mecánicamente:

—Sí.

—¿Y los de pato?

—También.

—¿Y los de cordero?

—También.

Hizo el niño una pequeña pausa y preguntó con una curiosidad mayor:

—¿Y los sesos de hombre?

El cura se sobresaltó:

—¡Qué barbaridad!

—No hablo de los hombres como tú y como papá —y añadía con desdén, señalando con el dedito a un obrero mal vestido que dormitaba al sol en un banco—: Digo los de éstos.

El preceptor soltó a reír y le acarició la mejilla sin contestar. Sentí yo el espanto que debía haber sentido aquel fraile. La pregunta del niño respondía a todo un estado moral de su clase, de la clase burguesa influida por la Iglesia. Creo que la anécdota refleja la contribución de la educación religiosa a ese cinismo de clase, que es el mejor abono del fascismo.

En aquellos días la calle nos pertenecía. El triunfo del

Frente Popular había dado en todas partes una atmósfera propicia a los trabajadores. Se notaba la dignidad del traje de pana y del calzado tosco de los obreros en Madrid, en las provincias. Los jornales de hambre desaparecieron, volvió la jornada legal y se impusieron multas a los propietarios que no respetaban las leyes sociales creadas en los dos años primeros de República. Había entre los trabajadores una atmósfera de optimismo y de seguridad; pero los fascistas trabajaban día y noche entre las clases burguesas y feudal. A fuerza de atentados y de calumnias consiguieron asustar a los sectores conservadores. Comenzó la fuga de capitales y la especulación contra la peseta. Se tomaron medidas que confirmaron a la gran burguesía en su alarma. Las conspiraciones en los cuarteles se hacían ya sin recato alguno.

¿Cuál era la cuestión medular en aquellos días febriles?

La siguiente: la pequeña burguesía había tratado de hacer en los dos años primeros de la República la revolución democrática. No pudo y perdió el poder. Los partidos reaccionarios (CEDA, Agrarios, Tradicionalistas) quisieron evitarla desde el poder incluso con el terror (Asturias, 1934), sin conseguirlo tampoco. El triunfo electoral del Frente Popular (16 de febrero de 1936) los barrió y dio a las organizaciones obreras la coyuntura histórica justa. Los trabajadores entraban francamente en el Gobierno e iban a hacer lo que no pudieron los partidos republicanos ni supieron impedir los reaccionarios. Iban a hacer la revolución democrática burguesa.

A principios de julio de 1936 la desorientación y la ansiedad estaban ya en los ánimos de todos. Yo esperaba, como cada cual, el estallido. En vista de que, al parecer, los

militares no se decidían, y como el ambiente en Madrid era enervante —el triunfo, la prisa por organizarlo, la necesidad de consolidarlo, la alegría de haber derrotado a todo lo que en España representaba atraso, suciedad, barbarie y muerte—, yo, que tampoco sabía cómo empezar a trabajar en aquella atmósfera, me fui al campo. Tomé una casita a dos kilómetros de San Rafael, lugar de veraneo de la gran burguesía madrileña, entre bosques de pinos, detrás del macizo montañoso de Guadarrama. Había ido allí otras veces. Como suponía que aquello sería un nido de víboras, no hice el contrato a mi nombre ni di la dirección a nadie, para que no me escribieran. De vez en cuando, iba yo a Madrid y recogía y contestaba el correo. San Rafael está a dos horas de tren de la capital y pertenece a la provincia de Segovia, cuyos límites con la de Madrid están en las mismas crestas montañosas de Guadarrama. Estaba muy lejos de suponer la importancia que aquellos adorables parajes iban a tener en nuestra guerra civil y en los recuerdos más entrañables de mi vida.